



### ACTO III

Tienda de Sachs; en el fondo la puerta de la tienda entreabierta; á la derecha la de una habitación interior: á la izquierda una ventana que da á la calle con tiestos de flores, y al lado un velador. Sachs estará sentado en un sillón junto á la ventana por la cual penetran los primeros rayos del sol. Sobre sus rodillas sostiene un gran libro en folio y se halla absorto en su lectura. David sale acechando por la puerta de la tienda y al ver que Sachs no le observa, entra con una cesta y la esconde rápidamente debajo de otra mesita que habrá en el aposento. Después de haberse asegurado otra vez de que Sachs no le ha visto, examina el contenido de la cesta con muchas precauciones y saca de ella varias flores y cintas y un salchichón y un papel, poniéndose á comer. Sachs, que no le ha observado, dobla la hoja con mucho ruido.

DAVID (*asustándose esconde la comida y se vuelve*).— Maestro, aquí estoy. Ya he llevado los zapatos á casa de Beckmesser: creí que me había V. llamado. (*Aparte.*) Finje no verme; será que está enfadado! (*se acerca á él poco á poco con humildad.*) ¡Perdóneme V., maestro, no hay aprendiz sin defectos! ¡si conociera V. á Magdalena como yo, me perdonaría V. de seguro! es tan buena! tan amable! me mira con tanto amor! Cuando V. me pega, ella me acaricia de tal modo... ¡qué



sonrisa tan celestial la suya!... si tengo hambre me da de comer... en fin, en todo me demuestra su ternura. Ayer mismo, como el hidalgo había cantado tan mal no permitió que echara mano á la cesta; tanto lo sentí, que á la noche cuando encontré al fulano que cantaba y gritaba como loco ahí enfrente, le arrimé una soberbia paliza, y esto produjo muy buen efecto,.... pues Magdalena lo aclaró todo y me regaló para la fiesta cintas y flores. (*Con inquietud creciente.*) Ah, maestro.... dígame V. algo ¡por Dios! (*Aparte.*) Si lo menos tuviese á buen recaudo el salchichón y el pastel.

SACHS (*que habrá continuado su lectura, cierra de golpe el libro. David se asusta, tropieza involuntariamente y cae de rodillas delante de Sachs, el cual mira alternativamente perplejo á David y al libro hasta que se fija en la mesita.*) —¡Qué veo! flores y cintas! qué aspecto tan lucido y hermoso tienen! ¿quién trajo esto?

DAVID (*admirado de la bondad de Sachs.*)—Maestro, como hoy es día de gran fiesta, cada cual se adorna lo mejor posible.

SACHS.—Será, tal vez, día de bodas...

DAVID.—Ojalá fueran las de David con Magdalena.

SACHS.—¿Parece que ayer hubo algazara, verdad?

DAVID.—(Lo sabe; no me libraré del castigo.) (*En voz alta.*) Perdóneme V., maestro; hoy es la fiesta de san Juan.

SACHS.—¿La fiesta de san Juan?

DAVID.—(Parece sordo.)

SACHS.—¿Y sabes ya tus versos? á ver, recítalos.

DAVID.—Me parece que los sé. (Vaya, no habrá palos. El maestro está de buen humor). (*En alta voz.*) Estaba Bautista en el río Jordán. (*Distraído, canta estas palabras sobre el mismo tema de Beckmesser en el acto precedente. Sachs hace un gesto de admiración que interrumpe el canto.*) Perdóneme V., maestro, me he distraído; tengo todavía la cabeza atontada con el alboro-





to de anoche. (*Continúa cantando, con más acierto.*) Estaba el Bautista en el río Jordán dispuesto á bautizar á todos los pueblos del mundo; fuése para allí una mujer extranjera llegada de Nuremberg con su hijito en brazos, y éste fué bautizado. Mas al volver á su país en tierra de Alemania, al que llamaron Juan á la orilla de aquel río, llamaron Hans á orillas del Pegnitz (1). (*Recitado.*) Ánimo, pues, señor maestro, que hoy es su santo y no es posible olvidar á V. Estas flores, estas cintas, y todo, es para V., maestro. ¡Mire V. qué pastel tan magnífico! ¿no quiere probar ese salchichón?

SACHS (*sin mudar de postura é indiferente*).—Muchas gracias, chico; guárdalo todo para ti; hoy me acompañarás á la pradera; ponte las flores y cintas y serás mi heraldo.

DAVID.—Más quisiera ser padrino de bodas: ¿tiene usted que casarse otra vez, maestro?

SACHS.—¿Te gustaría tener ama en casa?

DAVID.—Mucho que sí. En casa de V. habría entonces más aparato.

SACHS.—¡Quién sabe!... tantas cosas se ven...

DAVID.—Parece que ya es tiempo.

SACHS.—Entonces será un hecho pronto.

DAVID.—Como la gente habla... ¿No sería V. capaz de vencer á Beckmesser? Hoy no se mostrará tan arrogante.

SACHS.—Es posible, ya me lo figuro. Ahora vete, pero no estorbes al hidalgo: vuelve cuando estés arreglado.

DAVID (*besándole la mano con emoción*).—Nunca le vi como ahora, aunque siempre fué bueno. Hasta me hace perder el recuerdo de los muchos latigazos que me propinó. (*Lo recoge todo y vase*).

SACHS (*sigue hojeando el libro apoyado el codo y reflexionando. Después de un momento de silencio*).—¡Ilusión!

(1) Hans, en alemán es diminutivo de Juan.



en todas partes ilusión! Lo mismo en la ciudad que en el resto del mundo, donde quiera que vuelvo mi escrutadora mirada, todos corren afanosos tras sus ensueños, sin hallar ni recompensa ni gratitud. Sordo al dolor de su propio corazón, arrebatado de sus falaces ilusiones, se afana el hombre y maltrata su cuerpo con estéril afán en busca de la felicidad, siempre corriendo tras su entusiasmo, sin el cual, nada se hace en la tierra. Huye y espera aún alcanzar la dicha. Rendido al fin á la fatiga, tiéndese y duerme, sólo para cobrar nuevas fuerzas con que buscar á la siguiente mañana nuevas visiones. Este mismo Nuremberg, que tanta fama tiene de tranquilo y pacífico, ocupado en trabajar acá en el centro de Alemania, se agita también de vez en cuando, como ha ocurrido esta noche. Ni uno solo hubo que interviniera en la riña, y aconsejara á la juventud fogosa para evitar desgracias... ¿Qué más?... yo mismo, un zapatero, me dejo fascinar en mi propia tienda por el fantasma de la gloria. Hombres, mujeres, compañeros, hasta niños, se embisten con furia ciega, y su locura se trueca en palos y empujones... ¡sabe Dios cuál era la causa de ello!... quizás algún duende! ¿Era el saúco?... no,... la noche de san Juan que está aquí ya. Veremos cómo va á componérselas Hans para hacer alguna que sea sonada. Como la ambición nunca nos deja en paz, hasta en el mismo Nuremberg vamos á emprender tan extraordinaria obra, que sin el entusiasmo nos sería imposible.

*(Walther sale por la puerta del cuarto, se detiene un momento y mira á Sachs; éste se vuelve, cierra el libro y lo deja resbalar.)*

SACHS.—Buenos días, caballero. ¿Hasta ahora ha estado V. en cama? se iría tarde á acostar y por eso ha dormido tanto.

WALTHER *(muy sereno)*.—Sí, poco; pero bien y profundamente.

SACHS.—¿Y cómo va ese ánimo?

WALTHER.—He tenido un sueño muy hermoso.

SACHS.—¡Buen presagio!; cuente V., hable,... hable.

WALTHER.—Casi no me atrevo á pensar en él; temo que se desvanezca.

SACHS.—Cabalmente esta es la gran misión del poeta: observar é interpretar los propios sueños; crea usted que la verdadera inspiración del hombre se manifiesta durante el sueño. Todo el arte de la poesía no es más que eso... Sin duda ha soñado V. con una fórmula mágica para salir vencedor.

WALTHER.—¡Cómo había de soñar en eso, si todavía confía V. en que ganaré!

SACHS.—¿Por ventura no sabe V. más que todos ellos para vencerlos?

WALTHER.—No se haga V. ilusiones; no hay ya esperanza.

SACHS.—Pues yo no la pierdo todavía; lo único que no espero es que pueda V. huir con Eva... porque yo les seguiré... Le ruego, pues, que olvide su resentimiento; esos maestros son honradotes en el fondo; se equivocan, les gusta que todo el mundo piense como ellos y que los aspirantes compongan la obra según su modo de ver, y que después de todo se lo agradezcan. La canción de V. les ha dado miedo, y con razón, pues quien expresa con tal verdad y tal fuego el amor y la poesía, es un temible seductor que puede realizar grandes aventuras; pero para el matrimonio se emplean ya otras palabras y otro cantar.

WALTHER *(riendo)*.—Ahora los conozco ya; aunque no fuese sino por el ruido que metieron anoche en la calle.

SACHS *(riendo)*.—Sí, sí, ¡bueno estuvo! ¿también lo oyó V.? Pero déjese de eso y atienda mi consejo: ¡valor! á ver si logra V. componer un canto de maestro.

WALTHER.—¿Cómo podré distinguir un canto de maestro, de un canto hermoso?



SACHS.—Amigo, en los primeros años cuando nuestras emociones son fuertes y poderosas y con el primer amor se ensancha el pecho, es fácil entonar un canto inspirado, pues la primavera canta por nosotros; pero llega el verano, el otoño y el invierno, y las penas y cuidados de la vida, el matrimonio, los negocios, las riñas, los sinsabores, apagan la inspiración; quien con todo eso logra cantar medianamente, bien puede llamarse maestro.

WALTHER.—Amo á una mujer, y deseo casarme con ella.

SACHS.—Pues aprenda V. con tiempo las reglas de los maestros para que le quiera á V. fielmente y no se marchiten las vivas emociones de los primeros años y del amor.

WALTHER.—Si vuestras reglas os merecen tales elogios, veamos, ¿quién fué su fundador?

SACHS.—Varios maestros muy necesitados, por cierto, y llenos de congojas: cuando les agobiaba la pena se creaban una imagen que conservase eterno el amor de su juventud, como recuerdo claro y perenne, impregnado en los perfumes de la primavera.

WALTHER.—¿Pero cómo pueden reconocer esa imagen, si hace tanto tiempo que ésta se desvaneció para ellos?

SACHS.—Pues se renueva cuántas veces se quiere. Yo mismo, miserable como soy, voy á enseñar á V. las reglas para interpretar las propias emociones; mire, aquí hay papel, pluma y tintero; dicte V. y yo iré escribiendo lo que V. siente.

WALTHER.—No sé por dónde empezar.

SACHS.—Cuénteme V. el sueño de esta mañana.

WALTHER.—Con sus reglas y sus enseñanzas se me desvanece todo.

SACHS.—Pues recurriendo al arte de la poesía han encontrado muchos lo perdido en ella.

WALTHER.—¡Entonces no será un sueño, sino poesía!

SACHS.—Son dos amigos que se ayudan mutuamente.

WALTHER.—¿Cómo debo empezar según las reglas?

SACHS.—Usted mismo las establece y las sigue; recuerde su bello sueño de esta mañana; Hans Sachs cuidará de lo demás.

WALTHER (*se sienta y después de breve pausa principia en voz muy baja*):—¡Luz de la mañana!... vientos de rosa, aire perfumado por el aroma de las flores... delicias hasta ahora ignoradas... Con todo eso me invitaba un jardín... (*Se detiene.*)

SACHS.—Esto es una estrofa; ahora ¡cuidado! debe seguir otra enteramente igual.

WALTHER.—¿Y por qué ha de ser enteramente igual?

SACHS.—¡Ya veo que al fin escogerá V. esposa!

WALTHER (*continuando*).—«En esta morada celeste crecía un árbol magnífico de olorosas ramas y frutos de oro.» (*Se pára.*)

SACHS.—Usted acaba siempre en el mismo tono y esto ofendería á los maestros; pero Hans Sachs, más avisado, ya sabe que en primavera las cosas han de pasar así: vamos ahora al final...

WALTHER.—¿Cómo debe terminar la canción?

SACHS.—La estrofa final es la que decide del mérito de las dos anteriores; ha de parecerse á ellas sin que sea enteramente igual, y ha de ser más rica en rimas y entonaciones; así como los hijos glorifican á sus padres, debe realzar los primeros versos.

WALTHER (*continuando*).—«Oíd qué grandes maravillas me han sucedido; á mi lado tenía una mujer tan hermosa y linda como no ví otra; parecía una desposada; estrechóme tiernamente en sus brazos; sus ojos me invitaban; su mano me indicó lo que yo deseaba: el fruto del árbol de la vida.»



SACHS (*ocultando su emoción*).—Bonito canto final... ¡Qué bien lo sabe! Sólo encuentro la melodía algo libre; no quiero decir que esto sea una falta; pero como no es fácil de retener en la memoria, los ancianos se fastidiarán. Ahora cante V. una segunda estrofa que recuerde la primera; yo mismo no sé ya, aunque la rima es excelente, qué ha pensado, qué ha soñado usted.

WALTHER (*como antes*).—«Espiraba el día, rodeado de su pompa, coronado de vivos arreboles. Tendido allí, saboreando la delicia de sus miradas, surgió en mi corazón un solo impulso: el deseo. El crepúsculo de la noche oscurecía mi vista, cuando vino á alumbrarla á través del ramaje, la luz de dos lejanas estrellas; con grato murmullo caía silenciosa de una altura una fuente, y fué creciendo su rumor tan fuerte y tan suave al par, como no oí otro en mi vida. Brillante y clara era la luz de las estrellas, y en vez del fruto se veían entre las ramas del laurel otras y otras, que iban despuntando.»

SACHS (*con mucha emoción y ternura*).—Amigo: la imagen de su sueño decía la verdad; la segunda estrofa le ha salido á V. bien; ¿quiere V. componer una tercera que contenga la significación del sueño?

WALTHER.—¿Y cómo encontrarla? Basta de palabras...

SACHS (*levantándose*).—¡Qué precisión y ajuste entre la letra y el asunto! Indíqueme bien las melodías, pues facilita la versificación. Si V. la canta correctamente, con mayor facilidad he de recordar luego la imagen del sueño.

WALTHER.—¿Qué quiere decir eso?

SACHS.—Que me parece que está V. en disposición de presentarse al certamen; allí guardo yo el traje de boda de V. que me ha traído su criado... ¡Ah pícaro!... ya sé el nido en que sueña... Vamos, sígame á mi

cuarto, que algo debemos osar y conviene acicalarnos... Si es V. de mi parecer... adelante.

(*Abre la puerta á Walther y se van.*)

BECKMESSER (*asomándose á la tienda y viendo que no hay nadie en el taller, se acerca. Irá ricamente vestido; pero con abatido aspecto... Cojea... se frota, se palpa el cuerpo, se encoge, se alarga, busca impaciente un sillón donde sentarse, se sienta, se levanta, se frota otra vez; frenético y desesperado va de una parte á otra; se pára; acecha la casa á través de los postigos de la ventana; gesticula furioso: se golpea la frente; por fin, da con el papel escrito por Sachs; lo coge con curiosidad y deteniéndose conmovido, exclama con furia:*)—¡Un canto de certamen! Y de Sachs! es verdad! ahora lo entiendo todo.

(*Sorprendido por el ruido de la puerta del cuarto, oculta rápidamente el papel en el bolsillo.*)

SACHS (*sale endomingado, y se detiene*).—¿Usted aquí, señor escribano, tan de mañana? Supongo que ahora no le darían cuidado los zapatos. ¡Vamos á ver! ¡creo que le sientan bien!...

BECKMESSER.—¡Vaya al diablo! ¡zapatos tan delgados, en mi vida los usé! me lastima la más pequeña piedra.

SACHS.—Esto se debe á que estaba yo haciendo de juez.

BECKMESSER.—¡Basta de chanzas! ¡basta de martillazos! Créame V., amigo Sachs, ya le conozco á usted ahora. El chasco de la última noche nunca lo olvidaré. Para que no fuera obstáculo á sus pretensiones, usted promovió el alboroto...

SACHS.—Era noche de algazara... Todos hablan de la boda de V., y de aquí el tumulto. Pero V. debe alegrarse de eso... Cuanto más ruido, mejor para el matrimonio.

BECKMESSER (*con furia*).—¡Ah! ¡astuto zapatero! ¡saco de malicias! ¡cancionero ramplón! Siempre fuiste mi